

Sue Grafton

X de rayos X

colección andanzas



Serie

Detective Kinsey Millhone



TUSQUETS
EDITORES

X de RAYOS X


colección andanzas

Obras de Sue Grafton en Tusquets Editores

Kinsey y yo

ALFABETO DEL CRIMEN

A de adulterio

B de bestias

C de cadáver

D de deuda

E de evidencia

F de fugitivo

G de guardaespaldas

H de homicidio

I de inocente

J de juicio

K de Kinsey

L de ley o fuera de ella

M de maldad

N de nudo

O de odio

P de peligro

Q de quién

R de rebelde

S de silencio

T de trampa

U de ultimátum

V de venganza

W de whisky

X de rayos X

X SUE GRAFTON
de RAYOS X

Traducción de Victoria Ordóñez Diví

TUSQUETS
EDITORES

Este libro está dedicado a mis hijos:
Leslie, Jay, Jamie y Robert.
Afectuosos, trabajadores, responsables;
mi mayor orgullo en todo momento.

AGRADECIMIENTOS

La autora desea agradecer su inestimable ayuda a las siguientes personas: Steven Humphrey; juez Brian Hill, del Tribunal Superior del Condado de Santa Bárbara; Melissa Carranza, subdirectora de Executive Limousine; Linda Esparza Dozer, agente especial del FBI en Santa Bárbara; Ingerd Sotelo, agente especial del FBI en Ventura; Will Blankley, supervisor del Departamento Federal de Libertad Condicional; Dave Mazzetta, contador diplomado, de Ridgeway and Warner, Asesoría Contable; Sarah Jayne Mack, de la Iglesia de Nuestra Señora del Monte Carmelo; Louise Chadwick, jefa de administración del Distrito Hídrico de Montecito; John Pope; Joel Ladin; Jamie y Robert Clark; Susan y Gary Gulbransen; Sean Morelos; Sally Giloth y Robert Failing, patólogo forense (jubilado).

Teddy Xanakis iba a tener que robar el cuadro. ¿Qué otra opción le quedaba? Creía que era un Turner, una posibilidad que no podía confirmar a menos que lo enviara a la Tate de Londres, donde los expertos en Turner, Evelyn Joll y Martin Butlin en particular, podrían determinar su autenticidad. Por desgracia, el cuadro estaba ahora en el sótano de una casa escriturada únicamente a nombre de Ari, donde había permanecido durante años sin que nadie lo reconociera ni lo apreciara. Teddy podría haberse culpado del descuido, pero ¿cómo iba a esperar alguien encontrar un cuadro de valor incalculable junto a pinturas del montón?

Ari y ella compraron la casa cuando se mudaron de Chicago a Santa Teresa, en California. La propiedad había pertenecido a los Carpenter, quienes la habían ido transmitiendo en herencia de generación en generación hasta que el último miembro de la familia murió en 1981 sin molestarse en hacer testamento. El abogado que se encargaba de gestionar la herencia cerró la casa y la puso en venta. Teddy y Ari la compraron totalmente amueblada y equipada, desde los rollos de papel higiénico en el armario de la ropa blanca hasta las tres cuberterías de plata guardadas en la caja fuerte. Las antigüedades, entre las que había varias alfombras persas de un gusto exqui-

sito, se incluyeron en el precio de compra, pero durante el proceso de valoración nadie reparó en un pequeño grupo de cuadros. El abogado pagó los impuestos correspondientes y entregó a Hacienda y al estado de California las cuantiosas sumas que les correspondían.

Teddy y Ari usaron algunas de las antigüedades para amueblar la primera y la segunda planta de la mansión, y el resto lo trasladaron a los trasteros situados en el sótano. Los cuadros estaban guardados en un expositor vertical colocado en el interior de un armario, cada uno apoyado sobre el que tenía al lado. Teddy los descubrió poco después de mudarse a la casa. A lo largo de los años había aprendido a apreciar el arte de calidad, pero aquellos cuadros eran malos y carecían de interés. Todos tenían una temática clásica: ninfas, personajes mitológicos, ruinas romanas, una marina, campesinas de gruesas piernas que acarreaban la cosecha, un bodegón con un pato muerto y fruta medio podrida y un arreglo floral en colores que no le gustaban.

Después de divorciarse de Ari y de que ambos hubieran firmado el acuerdo de divorcio, Teddy descubrió que uno de los cuadros que había desestimado tan alegremente podía ser un original de Joseph Mallord William Turner, cuyas obras se vendían por millones de dólares en las subastas.

Los razonamientos que llevaron a Teddy a plantearse el posible robo del cuadro fueron los siguientes:

1. Ari no apreciaba el arte. La colección que Teddy había reunido incluía obras de un grupo conocido como Les Petits Maîtres, impresionistas menores como Bartoli, Canet, Jacques Lambert y Pierre-Louis Cazaubon, cuyos cuadros aún resultaban asequibles porque dichos artistas no habían alcanzado el prestigio legendario de Cézanne, Renoir, Monet, Van Gogh y otros pintores de similar categoría. En el acuerdo de divorcio, a ella le habían adjudicado la colección, así pues, ¿por qué no podía quedarse con ese cuadrillo adicional?

2. Si Ari descubría el auténtico valor del cuadro, acabarían enzarzándose en otra disputa para dirimir a cuál de los dos pertenecía. Si no se ponían de acuerdo, lo que parecía inevitable, un juez podría obligarlos a venderlo y a dividirse el dinero a partes iguales. En ese caso, y de forma excepcional, el dinero no le interesaba. El Turner era un tesoro que no volvería a ver en su vida, y Teddy estaba empeñada en hacerse con él.

3. Ari ya la había engañado a ella una vez liándose con Stella Morgan, la mujer a la que Teddy consideraba su mejor amiga.

Douglas, el marido de Stella, era el arquitecto que había dirigido la reforma del piso que Ari y Teddy tenían en el centro de Santa Teresa. Mientras supervisaba las obras, Douglas murió fulminado por un infarto. Pasaron varios meses. Una vez finalizada la reforma, Ari y Teddy continuaron viendo a Stella, quien se adaptó rápidamente a su viudedad con todo aquel dinero como compensación.

Entonces sobrevino el desastre. Aquel septiembre, Teddy pasó un fin de semana en Los Ángeles para asistir a un seminario en el Museo Getty sobre los pintores plenairistas. El lunes siguiente, tras volver a Santa Teresa, Teddy no llevaba ni una hora en casa cuando una conocida la llamó por teléfono y se lo contó todo con pelos y señales. Tenía pocas opciones: luchar, huir, hacerse la tonta o joder vivo a su marido. Tardó menos de una semana en pedirle el divorcio.

Ari se quedó con la casa, que, en cualquier caso, Teddy no podía permitirse mantener, y ella se quedó con el piso de Londres. A Ari le adjudicaron casi todas las joyas, incluyendo el collar que le había regalado en su décimo aniversario de bodas. Teddy confesó abiertamente que eso le había dolido. Las acciones y los bonos se los dividieron entre los dos. El reparto fue justo, lo que la cabreó aún más. ¿Qué había de justo en que un marido infiel se tirara a su mejor amiga? En un nuevo giro

cruel del destino, al dividir los bienes matrimoniales a Teddy le correspondió el piso en el que el arquitecto había exhalado su postrer suspiro.

Lo último que necesitaba eran más propiedades inmobiliarias. Su asesor financiero valoró el piso en algo más de un millón, y le aseguró que se vendería enseguida. Después de tenerlo en venta durante año y medio sin que nadie picara, Teddy decidió que la vivienda resultaría más atractiva si la amueblaba y la decoraba. Contrató a una interiorista de Santa Teresa llamada Annabelle Wright y le pidió que escogiera las mejores piezas del sótano de Ari para tal fin. Éste accedió porque las disputas entre ellos ya habían durado demasiado y quería quitársela de encima cuanto antes.

Una vez decorado el piso, Teddy contrató a un fotógrafo para que lo fotografiara y a continuación mandó imprimir un folleto a cuatro colores, que hizo circular entre los agentes inmobiliarios de Beverly Hills. Un célebre actor compró el piso enseguida: en efectivo, sin condiciones y con la promesa de completar la venta en diez días. Tras cerrar el trato, sólo faltaba que ambos lo firmaran para que Teddy pudiera recoger su cheque.

Entretanto, y éste era el último razonamiento de Teddy,

4. Ari y Stella se habían casado.

Para entonces, Teddy se había mudado a Bel Air y vivía en la casa de invitados de una amiga, la cual se había apiadado de ella y le había permitido alojarse allí por un periodo de tiempo indeterminado.

Durante los diez días anteriores a la venta, mientras se redactaba la escritura, alguien se fijó en el cuadro que aparecía en el folleto publicitario: una marina colgada sobre la chimenea del salón. Ese «alguien» era un marchante que tenía una galería en Melrose y un ojo infalible para detectar cualquier obra que mereciera la pena. Primero le echó un vistazo a la fo-

tografía, y luego se la acercó a la cara. Al cabo de un nanosegundo descolgó el teléfono y llamó a Teddy, clienta suya desde hacía muchos años.

—Parece un Turner, querida. ¿Podría ser auténtico?

—Lo dudo mucho. Lleva años en el sótano.

—Yo que tú enviaría algunas fotografías en color a la Tate para ver si alguien puede establecer la procedencia del cuadro. Mejor aún, lléales el cuadro tú misma, a ver qué te dicen. ¿Qué pierdes con intentarlo?

Siguiendo el consejo del marchante, Teddy decidió hacerse con el cuadro a fin de que lo examinara un experto. Volvió a Santa Teresa, donde firmó los últimos documentos relacionados con la venta, y de la agencia inmobiliaria se fue derecha al piso. Le habían dicho que el nuevo propietario tomaría posesión el fin de semana siguiente, tan pronto como hubieran vaciado el piso, así que cuando entró en la vivienda, se asombró al descubrir que ya se lo habían llevado todo: muebles, cuadros, alfombras persas, adornos... Entonces llamó a su ex marido, quien pareció regodearse con lo sucedido. Ari había supuesto que Teddy irrumpiría en el piso y se apropiaría de cualquier objeto que se le antojara, así que decidió vaciar el piso en un ataque de prevención. Si Teddy tenía algo que objetar, podía pedirle a su abogado que se pusiera en contacto con el suyo.

Como ya no podía acceder al lienzo, Teddy le pidió al fotógrafo que le enseñara las pruebas que tenía. En varias fotografías se apreciaba bien el cuadro, que le pareció muy bonito ahora que había tenido ocasión de examinarlo con más detenimiento. Era una marina, en ella se veían una playa plana y un cielo surcado de nubes. Al fondo había unos acantilados; probablemente los acantilados de Margate, que tanto admiraba Turner. En primer plano, un barco parecía haber zozobrado. Se trataba de un jabeque, descubrió Teddy más tarde: una pequeña embarcación de tres mástiles con proa y popa salientes y velas

tanto cuadradas como latinas. Las tonalidades del cuadro eran delicadas, distintas gradaciones de marrones y grises con algunas pinceladas de otros colores. El fotógrafo le entregó a Teddy las cuatro copias que ésta le pidió.

Consciente de todo el trabajo que tenía por delante, Teddy se trasladó de nuevo a Santa Teresa y comenzó a documentarse a fondo. Estudió el catálogo razonado de J.M.W. Turner y cualquier información biográfica a la que pudo echar mano. Turner había muerto en 1851. Antes de morir, el pintor legó la mayor parte de su producción artística a la Galería Nacional de Londres. Trescientos dieciocho cuadros se destinaron a la Tate y a la Galería Nacional, mientras que treinta y cinco bosquejos al óleo se asignaron al Museo Británico. Los más de doscientos cuadros restantes se encontraban en colecciones privadas de Gran Bretaña y Estados Unidos.

Faltaban nueve cuadros. Uno de ellos, de tamaño y paradero desconocidos, aparecía mencionado en el número de noviembre de 1833 de la *Magazine of Fine Arts*. Descrito como «un cuadrito precioso», se exhibió en la exposición de la Sociedad de Artistas Británicos aquel mismo año. Su propietario era un tal J. Carpenter, de quien sólo se sabía que había prestado un Hogarth y un Morland para que fueran colgados en la misma exposición. A Teddy se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que sonarse discretamente con un pañuelo de papel.

Se dirigió a los Archivos Arquitectónicos del Condado de Santa Teresa y luego al periódico *Santa Teresa Dispatch* a fin de obtener información sobre la familia a la que perteneció el cuadro durante tantos años. Jeremy Carpenter IV emigró de Inglaterra a Estados Unidos en 1899 y se llevó consigo a su numerosa familia y un barco cargado de enseres domésticos. Su casa de Montebello acabó de construirse cinco años más tarde, en 1904.

Teddy hizo tres viajes a la casa, pensando que podría entrar despreocupadamente y llevarse el cuadro sin llamar la atención. Por desgracia, su ex marido había ordenado a los miembros del

servicio que la acompañaran educadamente hasta la puerta, y eso es lo que hicieron. De algo estaba segura: no podía permitir que Ari descubriera su interés en la marina, ni sus sospechas sobre la procedencia del cuadro.

Teddy creía tener tiempo de sobra para idear un plan, pero entonces se enteró de que los recién casados habían alquilado la casa durante un año a una pareja de Nueva York. Ari y Stella pensaban hacer por fin el viaje de luna de miel que habían ido aplazando, tras lo cual se mudarían a la casa de estilo contemporáneo que tenía Stella. Al parecer, Ari estaba aprovechando para vaciar el sótano. Tenía la intención de donar la mayor parte de los enseres a una organización benéfica de Santa Teresa, con destino a la subasta anual que se celebraría al cabo de un mes.

Teddy iba a tener que tomar cartas en el asunto cuanto antes. La tarea a la que se enfrentaba no le resultaba del todo desconocida: ya había robado un cuadro en otra ocasión, aunque se trataba de una obra muchísimo menos valiosa que ésta.

Santa Teresa, California, lunes 6 de marzo de 1989. El estado en general y la ciudad de Santa Teresa en particular se acercaban al ecuador de una sequía que había comenzado en 1986 y que arrastraríamos hasta marzo de 1991, momento en que llegarían las «lluvias milagrosas». Ni siquiera nos atrevíamos a esperar un respiro: a nuestro modo de ver, no parecía avistarse el final de aquella meteorología implacable que se abatía sobre nosotros. Los embalses de la zona se habían secado y habían dejado a la vista una amplia franja de barro reseco tan agrietado como la piel de un caimán.

Mi vida profesional se encontraba en el mismo estado, cosa que siempre es preocupante cuando tu sustento económico depende únicamente de ti. Trabajar por cuenta propia tiene sus pros y sus contras. La parte buena es la libertad. Puedes ir a trabajar cuando te plazca, volver a casa cuando te apetezca y vestir como se te antoje. Si aún te quedan facturas por pagar, puedes aceptar un nuevo trabajo o rechazarlo. Tú decides. La parte mala es la incertidumbre: unas veces estás hasta el cuello de trabajo, mientras que otras no te llega ni un encargo, situación que no todo el mundo es capaz de sobrellevar.

Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada y propietaria de la agencia Investigaciones Millhone. Soy mujer, tengo treinta y ocho años, me he divorciado dos veces y no tengo hijos. Y así pienso seguir mediante el uso escrupuloso de las píldoras anticonceptivas. Pese a la escasez de nuevos clientes

tenía una porrada de dinero en el banco, por lo que podía permitirme estar de brazos cruzados hasta que volvieran a encargarme algún caso. Mi cuenta corriente había engordado gracias a la cantidad inesperada de dinero que me cayó del cielo hacía unos seis meses. Invertí casi todo el dinero en fondos, y metí lo que sobraba en un depósito que consideraba «intocable». Al enterarse de mi golpe de suerte, mis amigos pensaron que estaba loca de atar. «Olvídate del trabajo. ¿Por qué no viajas y disfrutas de la vida?»

No me tomé en serio la pregunta. A mi edad, la jubilación está más que descartada, e incluso un periodo de inactividad temporal me habría sacado de quicio. Es cierto, podría haber cubierto mis gastos durante meses y aún me quedaría dinero suficiente para hacer un lujoso viaje al extranjero, de no ser por los siguientes impedimentos:

1. Soy una tacaña de mucho cuidado.
2. No tengo pasaporte, porque nunca lo he necesitado. Aunque fui a México hace varios años, en aquella época para cruzar la frontera bastaba con mostrar algún documento que acreditara la nacionalidad estadounidense.

Además, cualquiera que me conozca dará fe de lo mal que me sienta llevar una vida ociosa. En lo relativo al trabajo, no importa demasiado lo que hagamos o cuánto nos paguen; lo que importa es la satisfacción que nos produzca hacerlo. En términos generales, mi profesión consiste en localizar a testigos y a personas desaparecidas, buscar documentos en el registro civil, vigilar a los que intentan engañar a las aseguradoras y, a veces, seguir a algún cónyuge infiel. Mi principal talento consiste en fisgonear, lo que a veces incluye algún que otro allanamiento de morada. Ya sé que no está nada bien y me avergüenza confesar lo mucho que me divierte, siempre que no me pillen.

Más vale que sepáis, de entrada, lo que pienso: me apasio-

nan los delincuentes de todo tipo, ya sean asesinos, ladrones o embaucadores, y perseguirlos me parece tan interesante como entretenido. Este mundo está lleno de estafadores y mi misión consiste en acabar con ellos. Sé que todo esto dice mucho de mi falta de vida social, pero, en pocas palabras, así es como soy.

Mi afán de justicia se destapó en primero de Primaria, cuando entré en el guardarropa y sorprendí a una compañera de clase birlando una chocolatina de mi fiambreira con dibujos del programa infantil *Howdy Dooddy*. En aquel preciso instante apareció la maestra y pilló a la niña con mi chocolatina en la mano. Yo pensé que se las cargaría, pero aquella quejica de mierda se echó a llorar y aseguró que era yo quien se la había robado a ella. No recibió ningún castigo, mientras que a mí me reprendieron por salir de clase sin haber levantado la mano para pedir permiso. La maestra hizo oídos sordos a mis alaridos de protesta. Aquel suceso singular conformaría mi opinión acerca del juego limpio. Si queréis conocerla, es ésta: los justos serán perseguidos, mientras que los chorizos se irán de rositas. Llevo toda la vida esforzándome para que la justicia favorezca a los buenos.

Aquel lunes por la mañana en particular me dediqué a pagar mis facturas, sintiéndome la mar de virtuosa. ¿Y por qué no iba a sentirme así? Ya había extendido y firmado los cheques pertinentes, y el hecho de que mis fondos estuvieran disminuyendo no me preocupaba. Bueno, quizás un poco. También había cerrado todos los sobres tras ponerles la dirección correspondiente. Mientras lamía y pegaba los sellos, tataba muy ufana con ganas de irme a comer. Cuando sonó el teléfono, descolgué el auricular y me lo coloqué entre el hombro y la mejilla.

—Investigaciones Millhone.

—Hola, Kinsey. Soy Ruthie. ¿Llamo en buen momento?

—Claro que sí. ¿Cómo te va?

—¡Estoy de los nervios! Cuando creo que ya ha pasado lo peor, sale otra cosa. Hoy he recibido una carta de Hacienda, y

tiene pinta de ser oficial. Le están haciendo una inspección a Pete, ¡imagínate! Se supone que tengo que llamarlos para concertar una cita.

—¿No les puedes decir que está muerto?

—Sí, pero precisamente eso es lo que podría haber provocado la inspección.

Ruthie Wolinsky se había quedado viuda en agosto de 1988, hacía unos siete meses, cuando mataron a tiros a su marido en lo que entonces pareció ser un atraco fallido. Conoció a Pete Wolinsky diez años antes de su muerte. Al igual que yo, Pete era un detective privado que había trabajado para una agencia llamada Investigaciones Byrd-Shine. Yo me inicié en el oficio con Ben Byrd y Morley Shine porque necesitaba acumular horas para obtener mi licencia. Pete era de la misma edad que mis dos jefes, quienes me aseguraron que, tiempo atrás, Pete había sido un detective de primera; pero cuando nuestros caminos se cruzaron, el marido de Ruthie estaba pasando una mala racha. Para aquel entonces ya era tan inmoral que me sorprendió que pudieran ofrecerle trabajo en algún sitio. Pese a que Pete no me caía bien, yo tenía veintisiete años y acababan de contratarme, así que no era quién para revelar lo que pensaba. Además, nadie me lo preguntó, y aunque hubiera dado mi opinión, dudo que me hubieran escuchado.

Llegué a tener en un altar a aquellos dos detectives tan curtidos, y yo aún trabajaba de acuerdo con los sagrados principios que ellos me habían inculcado. Desafortunadamente, Ben y Morley tuvieron una agria disputa y disolvieron la sociedad. Después cada uno se fue por su lado y abrieron agencias independientes. Yo ya trabajaba entonces por mi cuenta y nunca me enteré de los detalles de su discusión. Fuera cual fuese el motivo, la disputa no guardaba relación conmigo, así que me mantuve al margen. Como ambos habían muerto, di por sentado que el pasado también estaría enterrado con ellos. En cuanto a Ruthie, nos habíamos ido viendo a lo largo de los años, pero

no nos hicimos amigas hasta poco después de que mataran a Pete. Mientras cavilaba sobre el contexto histórico de nuestra relación, Ruthie empezó a explicarme la última crisis.

—Siento molestarte con esto, pero deja que te lea lo que pone. Me piden «el Anexo C sobre ingresos brutos, así como los documentos e informes de final de año, incluyendo las hojas de cálculo donde cuadren los libros de contabilidad y los registros de los años fiscales 1986 y 1987» —recitó con voz cantarina—. «Además, le solicitamos que nos proporcione todos los asientos contables, archivos, gastos y recibos del periodo comprendido entre 1975 y 1978.»

—¿Me tomas el pelo? ¡Son papeles de hace quince años! Creía que después de siete podías tirar toda esa mierda a la basura.

—Supongo que no se puede, al menos según lo que pone aquí. Nuestro contable se jubiló el año pasado y me está costando Dios y ayuda contactar con el que lo sustituyó. Tenía la esperanza de que tú y Dietz hubierais encontrado nuestras declaraciones de renta antiguas cuando inspeccionasteis las cajas de Pete.

Robert Dietz era el investigador privado de Nevada a quien pedí ayuda durante el periodo inmediatamente posterior a la muerte de Pete. La historia es mucho más complicada, por supuesto, pero en aquel momento procuré no pensar en el asunto.

—No lo creo. No podría jurarlo, pero como precisamente buscábamos las cuentas de Pete, metimos cualquier papel que llevara el signo del dólar en las bolsas de plástico que luego te entregamos.

—Mala suerte —dijo Ruthie—. He inspeccionado dos veces esas bolsas y no he encontrado nada.

—¿Quieres que lo intente yo de nuevo? Es posible que nos olvidáramos de alguna de las cajas.

—Ése es el problema, que ya no las tengo. Las tiré todas.

—¿Dónde?

—Al vertedero. Un trapero pegó una hoja de propaganda en mi puerta. Debía de estar recorriendo la zona en busca de trabajo. En el papel decía que, por cincuenta pavos en efectivo, me vaciaría el garaje y se llevaría todos los trastos. No me lo pensé dos veces. Llevo años queriendo aparcar el coche bajo cubierta, pero nunca había sitio en el garaje. Ahora me enfrento a una inspección, ¿y qué se supone que he de hacer? Estoy hasta las narices de todo este asunto.

—No sé qué sugerirte. Puedo comprobarlo de nuevo, aunque si hubiéramos encontrado alguna declaración de la renta, la habríamos guardado. Me quedé una caja, pero está llena de expedientes confidenciales de cuando aún existía la agencia Byrd-Shine. No tengo ni idea de cómo acabaron en manos de Pete.

—¡Espera un momento! Ahora que lo mencionas, Hacienda incluye a Byrd-Shine en su solicitud de datos. —Oí un crujido de papeles, y entonces Ruthie dijo—: Ahora no encuentro la referencia, pero aparece en alguna de las páginas. No tienes que molestar a Dietz, pero ¿podrías mirar en la caja que te quedaste? No necesito demasiados papeles, supongo que bastará con algunos extractos bancarios antiguos. Si puedo entregarles algo, sea lo que sea, lo verían como una muestra de buena fe por mi parte. Es todo lo que puedo ofrecerles.

—Haré un inventario del contenido de la caja lo antes posible.

—No corre demasiada prisa. Este fin de semana iré a Lompoc para celebrar mi cumpleaños con una amiga.

—No sabía que fuera tu cumpleaños. ¡Felicidades!

—Gracias. No creo que hagamos gran cosa, pero no la he visto desde que murió Pete y pensé que marcharme unos días podría venirme bien.

—Desde luego. ¿Cuándo vas a volver?

—El domingo por la tarde, lo cual te deja algo de tiempo. Aunque llamara hoy mismo a Hacienda, dudo mucho que me dieran hora enseguida. Deben de tener una lista de espera larguí-

sima —dijo Ruthie—. ¡Ah! Y cuando empieces a buscar, no te olvides de que Pete tenía la costumbre de meter documentos sueltos entre las páginas de otros expedientes. A veces también escondía dinero, así que no vayas a tirar ningún billete de cien dólares.

—Recuerdo el fajo de billetes que escondió en la bolsa de alpiste.

—Menuda ocurrencia, ¿verdad? Me dijo que era un sistema pensado para engañar a los malos. Pete siempre recordaba dónde lo había puesto todo, pero no quería explicar su estrategia. Oye, siento molestarte con esto. Sé que es un auténtico coñazo.

—No me llevará mucho tiempo. Quince o veinte minutos como máximo.

—Te lo agradezco.

—Mientras tanto, sería mejor que hablaras con un asesor fiscal.

—¡Ja! No puedo permitírmelo.

—Mejor eso que dejar que te empapelen.

—Tienes razón. Mi vecino es abogado. Le preguntaré si conoce a alguien.

Antes de colgar, Ruthie y yo charlamos brevemente sobre otros asuntos. Sin pretenderlo, me puse a pensar en Pete Wolinsky, algo que solía hacer más a menudo de lo que estaba dispuesta a reconocer. Después de su muerte quedó de manifiesto lo irresponsable que había sido al dejar a Ruthie en una situación tan complicada. Los archivos de Pete, por llamarlos de alguna manera, habían sido relegados a un sinfín de baqueteadas y polvorientas cajas de cartón apiladas en hileras de diez de fondo por ocho de alto en su garaje para dos coches, llenándolo hasta los topes. También había montones de facturas por pagar, reclamaciones de pagos atrasados y amenazas de pleitos, pero ningún seguro de vida. Aunque tenía una póliza que le habría reportado a Ruthie una buena cantidad, Pete dejó de

pagar las primas. A pesar de todo, Ruthie lo adoraba, y ¿quién era yo para juzgar a nadie?

Para ser justos, supongo que podríamos decir que el hombre tenía buen corazón, siempre que incluyéramos un asterisco que hiciera referencia a la letra pequeña. Como ejemplo perfecto de lo anterior, Pete le había prometido a Ruthie que harían un cruceiro por el Danubio por su cuarenta aniversario de boda, que celebrarían al año siguiente. Pensaba sorprenderla, pero no pudo resistirse a revelar el plan antes de tiempo. La auténtica sorpresa llegó después de su muerte, cuando Ruthie descubrió que Pete había estado pagando el viaje con dinero procedente de un chantaje. Tras pedir que le devolvieran el depósito, Ruthie usó esa cantidad para compensar a algunos de los acreedores de su marido, y ahí se acabó la historia. Por el momento no le faltaba el dinero. Ruthie era enfermera particular, y sus servicios estaban muy solicitados. Según el horario que vi pegado en la puerta de su nevera, Ruthie hacía muchos turnos y puede que estipulara ella misma su sueldo sin tener en cuenta la tarifa vigente.

En cuanto a la caja de cartón que obraba en mi poder, en su día había escrito una gran X en la tapa y la había empujado bajo el escritorio de mi estudio, así que la tarea tendría que esperar hasta que llegara a casa. De todos modos, ya había pensado inspeccionar su contenido. Si, tal y como preveía, los antiguos casos de la agencia Byrd-Shine estaban paralizados o cerrados, enviaría los expedientes a una de esas empresas que trituran documentos y me olvidaría del asunto.

Justo cuando acababa de colgar, el teléfono volvió a sonar. Alargué el brazo y descolgué el auricular.

—Investigaciones Millhone.

Tras una pausa, oí una voz de mujer.

—¿Hola?

—¿Hola? —pregunté a mi vez.

—Ah, disculpe. Pensaba que saltaría el contestador. ¿Puedo hablar con la señora Millhone?

Tenía un acento refinado, e incluso a través del teléfono percibí que el aliento le olía a dinero.

—Soy yo —respondí.

—Me llamo Hallie Bettancourt. Vera Hess me sugirió que me pusiera en contacto con usted para tratar un asunto personal.

—Muy amable por parte de Vera. Tenía un despacho al lado del mío en la compañía de seguros La Fidelidad de California, donde trabajé hace tiempo —expliqué—. Supongo que usted será amiga de ella.

—Bueno, la verdad es que no. Nos conocimos en una fiesta hará unas semanas. Estábamos tomando algo en el patio de la casa, y cuando mencioné el asunto, Vera pensó que usted podría ayudarme.

—Haré lo que pueda. ¿Le importaría repetirme su nombre? Me temo que se me ha ido de la cabeza.

Percibí la sonrisa en su tono.

—Bettancourt, Hallie Bettancourt. A mí también me pasa. Las cosas me entran por un oído y me salen por el otro.

—Eso mismo —respondí—. ¿Por qué no me hace un breve resumen de su problema?

Hallie vaciló.

—La situación es un poco delicada, y preferiría no comentársela por teléfono. Creo que lo entenderá cuando se lo explique.

—Como prefiera —respondí—. Podemos programar una cita, y ya me lo contará entonces. ¿Cómo tiene la agenda esta semana?

Soltó una risita nerviosa.

—Ése es el problema, voy muy apurada de tiempo. Salgo de aquí mañana por la mañana y no volveré hasta junio. Si hubiera alguna posibilidad de que pudiéramos vernos esta noche, se lo agradecería.

—Podría arreglármelas. ¿Dónde y a qué hora?

—Aquí en mi casa a las ocho, si le parece bien. Por lo que

me han dicho, el trabajo no le llevaría demasiado tiempo. Para serle sincera, llamé a otra agencia la semana pasada y me rechazaron, cosa que me resultó bastante embarazoso. El caballero con el que hablé fue muy amable, pero dejó claro que sus honorarios eran demasiado altos para un trabajo de esas características. No es que dijera eso exactamente, pero me insinuó que tenían cosas más importantes que hacer. Supongo que me daba vergüenza volver a intentarlo, por eso lo he ido posponiendo.

—Lo entiendo —contesté—. Hagámoslo esta noche, y ya veremos si llegamos a un acuerdo. Si yo no puedo ayudarla, a lo mejor conozco a alguien que quiera hacerlo.

—Gracias. No tiene ni idea del peso que me quita de encima.

Apunté su dirección en Sky View junto a las instrucciones de cómo llegar, y le dije que estaría allí a las ocho. Supuse que se trataría de algún problema matrimonial, lo cual resultó ser cierto, pero no tal y como lo había imaginado. Después de colgar fui por el plano de la ciudad y localicé la calle, un fino hilo azul pálido rodeado de espacio en blanco. Doblé el plano y me lo metí en el bolso. A las cinco cerré el despacho y me dirigí a mi casa encantada de la vida. Como aún faltaban tres horas para la cita, tuve tiempo para cenar una sopa de tomate y un sándwich caliente de queso fundido, que sostuve con una servilleta de papel para absorber el exceso de mantequilla. Mientras comía leí tres capítulos de una novela de Donald Westlake. Viéndolo a posteriori me asombra que pudiera estar tan tranquila, sin imaginar siquiera el follón que se avecinaba. No he dejado de preguntarme si tendría que haber descubierto la verdad mucho antes, porque está claro que tardé demasiado en descubrirla.